

Venezuela: entre la ilusión de transición y la recomposición del poder



Tiempo de lectura: 4 min.

[Benigno Alarcón](#)

Por momentos, Venezuela parece avanzar hacia una transición democrática; en otros, los acontecimientos sugieren más bien una sofisticada reconfiguración del poder autoritario. El momento actual exige un análisis frío: no basta con identificar señales de apertura, sino entender su coherencia estratégica y sus posibles efectos reales sobre el equilibrio de poder.

Los eventos recientes —la gira internacional de María Corina Machado, los movimientos en la relación con Estados Unidos, los cambios institucionales internos y las decisiones del núcleo gobernante— configuran un cuadro complejo que puede interpretarse en dos direcciones opuestas: una transición en ciernes o un proceso de estabilización autoritaria con legitimación externa.

Internacionalización de la oposición y señal geopolítica

La gira de Machado, particularmente su intervención ante actores políticos y económicos en Europa, representa un intento claro de reposicionar el caso venezolano en el tablero internacional. Su discurso, que plantea reformas estructurales profundas —incluyendo la transformación del modelo petrolero—,

busca transmitir viabilidad de gobierno y atraer apoyo externo para una eventual transición.

Sin embargo, este movimiento ocurre en un contexto en el que la comunidad internacional parece oscilar entre dos lógicas: presión para la democratización y pragmatismo energético. La reactivación de canales diplomáticos con Estados Unidos —incluyendo cambios en la representación diplomática— sugiere que Washington está explorando un esquema de transición gradual estructurada en fases, como anunció originalmente Marco Rubio.

El gran riesgo es que este tipo de enfoque, si no está condicionado a cambios políticos verificables, puede terminar favoreciendo la estabilización del statu quo más que su transformación.

Señales institucionales: apertura o control

En paralelo, el régimen ha impulsado decisiones que, en apariencia, apuntan a una normalización institucional. La aprobación de la ley de amnistía fue presentada como un gesto de reconciliación. No obstante, su aplicación selectiva y su cierre prematuro revelan otra lógica.

El anuncio de Delcy Rodríguez de dar por concluido el proceso, pese a que centenares de presos políticos permanecen detenidos, evidencia que la amnistía no fue concebida como un instrumento de justicia transicional, sino como una herramienta de gestión política del conflicto y adaptación ante las demandas de Washington.

Más aún, la discrecionalidad en su aplicación y la exclusión de actores clave refuerzan la idea de que el sistema judicial sigue siendo un mecanismo de control político, no una institución independiente.

Captura institucional y lógica de blindaje

Los recientes nombramientos en el sistema de justicia —incluyendo fiscalía y defensoría— deben interpretarse dentro de una lógica más amplia de consolidación de poder. La concentración de estas instituciones en manos de actores cercanos al núcleo gobernante, particularmente al entorno de los hermanos Rodríguez, sugiere un proceso de blindaje frente a distintos escenarios.

Este control tiene al menos dos funciones estratégicas:

1. **Contención de una transición electoral real**, mediante el control pleno de los mecanismos de arbitraje institucionales.
2. **Gestión de una eventual transición**, asegurando impunidad o capacidad de negociación para quienes hoy detentan el poder.

En otras palabras, no se trata solo de impedir el cambio, sino de condicionar sus términos si fuese inevitable.

Normalización sin condiciones: el riesgo central

El mayor peligro en el momento actual es la consolidación de un proceso de “normalización sin democratización”. La reanudación de relaciones internacionales, la flexibilización económica y los gestos institucionales pueden generar la percepción de avance, incluso sin cambios sustantivos en la estructura de poder.

Este fenómeno no es nuevo en regímenes autoritarios. Como han señalado diversos estudios comparados, las autocracias contemporáneas tienden a combinar apertura selectiva con control estructural, generando una apariencia de transición que reduce la presión interna y externa sin alterar el núcleo del régimen.

En el caso venezolano, este riesgo es particularmente alto por tres razones:

- **La fatiga social interna**, que reduce la capacidad de presión desde abajo.
- **El pragmatismo internacional**, especialmente en materia energética, que reduce la presión desde arriba.
- **La cohesión de la élite gobernante**, basada en incentivos de supervivencia.

¿Transición o reconfiguración autoritaria?

El momento actual no es de transición, sino de definición. Los eventos recientes no apuntan aún a una ruptura del sistema, sino a una disputa por su reacomodo bajo un nuevo liderazgo y su forma futura como garantía.

En este sentido podríamos decir que se perciben en el horizontes tres escenarios plausibles:

1. **Transición real**, condicionada por presión interna y externa sostenida, que obligue a una apertura verificable.
2. **Transición controlada**, donde el poder se reconfigura sin perder su núcleo.

3. **Continuidad autoritaria estabilizada**, legitimada por una normalización progresiva.

Conclusión

La clave no está en los gestos, sino en los incentivos. Mientras el costo de ceder el poder sea mayor que el de sostenerlo, no habrá transición democrática real, al menos que esta se imponga por la fuerza.

La comunidad internacional y la oposición enfrentan, por tanto, un dilema estratégico: aceptar una normalización gradual con riesgos de consolidación autoritaria, o elevar los costos del statu quo hasta hacer inevitable un cambio.

La historia reciente de Venezuela sugiere que sin presión efectiva —interna y externa—, las aperturas no transforman el sistema: lo perfeccionan.

<https://www.elnacional.com/columnas/2026/04/venezuela-entre-la-ilusion-de-transicion-y-la-recomposicion-del-poder/>

[ver PDF](#)

[Copied to clipboard](#)